

Segundo Domingo de Pascua B2024

Quiero comenzar esta homilía al referirme al lema de los Estados Unidos que dice: “E Pluribus Unum” [De muchos, uno]. Una de las formas de entender este lema es que cuando las personas se unen como una sola, a pesar de sus diversidades y diferencias, son fuertes. Esto es cierto en la vida de la sociedad, pero también lo es para la vida de fe.

Vemos la ilustración de esta certeza en este domingo después de Pascua. Cuando Jesús fue arrestado y crucificado, los discípulos huyen; se escondieron y fueron dispersados. Incluso Pedro, que lo seguía de lejos, acabó negándolo. Pero, una vez que Jesús resucitó de entre los muertos, todos volvieron a unirse y dieron un poderoso testimonio de la resurrección de nuestro Señor.

La primera lectura de hoy muestra cómo los discípulos estaban unidos unos con otros, en corazón y mente. Vivían una vida comunitaria juntando sus posesiones hasta el punto de que no había ningún necesitado entre ellos. Su unidad fue tal que los que tenían terrenos o casas los vendieron y llevaron las ganancias a los apóstoles para que las distribuyeran entre los menos afortunados.

Este cambio en la vida de los apóstoles fue causado por la resurrección de nuestro Señor. La vida comunitaria prevaleció sobre la vida individual. Todos sintieron que eran un solo cuerpo. Hoy en día, algunos grupos carismáticos, como uno que vi en Alemania, intentan vivir juntos como era en los inicios de la Iglesia. Cada miembro va a trabajar fuera de la comunidad, pero se reúnen por la noche para orar y comer. Al final del mes, cada uno aporta su salario a la comunidad que se ocupa de las necesidades de todos.

Sin duda, para llegar a este estilo de vida se requiere una fe fuerte en el Señor resucitado. Sin Jesús, no hay iglesia en absoluto. Por eso, cuando Jesús envió a sus discípulos, dijo: “Como el Padre me envió, así también los envío yo”. Los enviados necesitan del mensaje de Jesús, de su autoridad y de su presencia, para que en los momentos difíciles obtengan de él fuerza y coraje para seguir adelante mediante el poder del Espíritu Santo.

Por eso, el Espíritu Santo juega un papel importante en la vida de la Iglesia como quien inspira carismas y dones para ponerlos al servicio del crecimiento de la palabra. El Espíritu Santo sostiene a la Iglesia en su oración para que se haga en el espíritu de Jesús. Él guía a la Iglesia en la celebración de la Eucaristía y cualquier actividad ofrecida en el nombre de nuestro Señor.

Todo esto nos ayuda a comprender por qué el primer don que Cristo resucitado da a sus discípulos es el Espíritu Santo. Donde reina el Espíritu Santo, reina la paz. Jesús quiere que la paz reine entre nosotros. Entonces puede decir: “La paz esté con ustedes”. Lo que Jesús desea no es sólo la paz social, sino sobre todo la paz del corazón que nadie puede tener si no estamos reconciliados con nuestros hermanos y con nosotros mismos.

Vivimos en un mundo en el que todo tipo de violencia amenaza nuestra unidad de mente y corazón. Nuestro esfuerzo por vivir juntos como discípulos de Jesús a menudo está dominado por prejuicios tácitos y sentimientos discriminatorios. Nuestro deseo de paz a veces fracasa debido al odio y al espíritu de venganza que mantenemos.

Continuamente sentimos que necesitamos la paz del corazón; necesitamos reconciliarnos y perdonarnos unos a otros. También queremos que nos perdonen las cosas que hemos hecho a otros y de las que no estamos orgullosos. Fácilmente faltamos a los

mandamientos de Dios y nuestros compromisos hacia él debido a la debilidad de nuestra naturaleza humana.

En este contexto, el sacramento de la reconciliación que Jesús da a sus apóstoles en el evangelio de hoy se hace muy importante. Al dar la orden a sus discípulos de perdonar los pecados, nuestro Señor instituye el sacramento de la confesión. Da a los apóstoles un ministerio que deben ejercer en su nombre para el bien de toda la Iglesia. Además, al dar este sacramento, nuestro Señor viene al rescate de nuestra pecaminosidad y debilidad humana para que cuenteemos con la misericordia de Dios. Sin el perdón de Dios en el sacramento de la confesión, estamos perdidos. Por eso, nuestro Señor da este sacramento para que nos reconciliemos con Dios, con los demás y con nosotros mismos.

La comprensión profunda del sacramento de la confesión requiere que nos volvamos con fe a nuestro Señor quien en el centro de cualquier acción de la Iglesia a través del poder del Espíritu Santo. Sin fe no podemos acercarnos adecuadamente a Jesús y comprender cómo opera en este sacramento. La fe no es creer sin pruebas, sino confiar sin reservas. La prueba trata de cosas materiales; mientras que la fe pertenece al orden de la confianza. Si la prueba fuera importante, todas las personas que vieron los milagros de nuestro Señor habrían creído en él. Y, sin embargo, no todos lo hicieron. La confianza se justifica sobre la base de la convicción de que no me equivoco al confiar en la palabra del testimonio que me dan las Escrituras. Como dice San Juan, Jesús hizo muchos otros signos que no están escritos. Pero estas están escritas para que crean y tengan vida eterna.

Esto es lo que falta en Tomás en el evangelio de hoy. Quiere ver antes de creer. No confía en el testimonio de sus amigos que le dijeron que habían visto al Señor resucitado. Para Tomás, la fe debe probarse con hechos para que sea creíble. El testimonio dado por sus amigos no tiene valor de verdad a menos que él mismo experimente la verdad. Y, sin embargo, la resurrección de nuestro Señor, que es el fundamento de nuestra fe, no pertenece al ámbito de la prueba, como ocurre con los hechos científicos. Hay que abordar y aceptar con fe y confianza que Dios, que es fiel a sí mismo, no pudo dejar a Jesús en el sepulcro para siempre.

Por eso el reproche de Jesús a Tomás, “no sigas dudando, sino cree”, es una indicación de que la fe es, ante todo, una cuestión de confianza en la palabra de Dios y en el testimonio de quienes han sido sus seguidores desde el principio. La fe nunca puede basarse en lo que se ve, sino en la aceptación del testimonio de los primeros testigos oculares de su vida, muerte y resurrección. Necesitamos esta fe hoy más que nunca. Abramos nuestro corazón al don de la fe. Acudamos ante el Señor con confianza y pidámosle que nos perdone nuestros pecados en el sacramento de la confesión.

Este Domingo de la Divina Misericordia nos recuerda que Jesús nos ama y quiere perdonarnos nuestros pecados. No perdamos esta oportunidad de hacer la paz con él y nuestros hermanos y hermanas.

Hechos 4: 32-35; 1 Juan 5: 1-6; Juan 20: 19-31



Fecha de la Homilía: el 07 de Abril 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240407homilia.pdf